

LA SEGUNDA TRANSICIÓN (DE MIERDA OTRA VEZ)

Recuerdo estar hace unos 20 años, un mes de abril, en unas jornadas en la ULL con mi amigo Carlos Salvador y, como ponente, nuestro admirado Eduardo Haro Tecglen. Era la época en que Polanco, uno de los artífices de la primera transición, en uno de sus últimos gestos hacia la normalización democrática, había incluido al eterno “niño republicano” en una de las columnas de “El País” cuando a este periódico le quedaba algo de credibilidad y espíritu liberal. Haro Tecglen, que, en principio, había empezado a escribir sobre televisión, rápidamente comenzó a extender su mirada crítica hacia la realidad social de una década todavía feliz, que vivía entre la resaca del buenrollismo ochentero y que presagiaba el fin de fiesta que estaba por llegar. En poco tiempo, Haro Tecglen se convirtió en un referente para los que, ridículamente, íbamos de intelectuales de izquierdas universitarios por aquella época. En aquellas jornadas, nos acercamos para charlar con él. Carlos S. quería hacer su tesis doctoral sobre la censura franquista, tomándole como referente. El buen hombre se mostró receptivo. Pero la autopista del sur se cruzó por el camino y Haro, poco antes de morir también, fue el que escribió a la inversa, redactando para Carlos S. el prólogo de una obra póstuma que nunca fue tal.

En aquellos momentos, ya se tenía una clara conciencia de la pantomima que había supuesto la transición democrática en España. Lo que, en cambio, minusvaloramos, fueron algunas de sus posibles (y siniestras) consecuencias. Tuvimos una cierta lucidez en el análisis del “qué fue” y “por qué”, pero fallamos estrepitosamente en el “qué vendrá”.

No llegué a sospechar que, dos décadas después, a poca distancia de aquel encuentro lagunero, un comando policial bien pertrechado iría a detener, otra mañana de abril, a Roberto Mesa por “injurias a la corona”. Solo pienso en la cara que se le hubiera quedado a Carlos S. de estar todavía por aquí, “¿para qué coño hice yo entonces la mierda de tesis esa?”, habría dicho. Y nos habríamos ido con nuestro poeta icodense favorito, Paco León, a beber a algún lado y cagarnos en todo, pero en privado, por miedo a acabar en la cárcel, y nos hubiéramos enorgullecido de nuestra cobardía y vergüenza, símbolo de una generación que ahora es testigo del inicio de otra transición cutre que culminará en la presidencia de Emmanuel Rivera. Al menos, nosotros no iremos con la cabeza alta, como los de la anterior y compitiendo a ver quién fue más “sietemachos” en la resistencia. Somos conscientes de que esta (y esa) mierda es infumable.

CARLOS ROBLES

Legenda – Mayo 2018